



## ***POEMA PARA MIRAR EL OTOÑO DETRÁS DE UNA VENTANA ATARDECIDA***

***Autor: José Luis Martín Cobos***

***Accésit en el apartado de Poesía adultos 2013***

Otoñalmente reducido, tras esta ventana atardecida,  
empujo mi mirada -encendida de crepúsculo- hasta quebrar el paisaje.  
¡Y me resulta tan otoñal y triste...!  
Dejo volar mis ojos, como espejos de estío encorvado,  
allá donde el horizonte se estrecha en un murmullo de pájaros de luz.  
¡Y discurren tantos otoños por mis pupilas anegadas...!  
(Dobla el aire por las esquinas,  
en una lengua encarcelada:  
trance de palabra perdida  
que silencia mi mirada.)

Otoñalmente sugerido, tras esta ventana atardecida,  
aprendo del callado árbol -extraño guardián del silencio.-  
Ni grita, ni se queja, ni presume...  
¡Encierras tanto misterio en el hondón de tu alma!  
Ya es tu tiempo, amigo árbol; anida el otoño en tus ramas...  
Y sin embargo, sigues tan callado...  
Sólo, de cuando en cuando, jalado por los vientos,  
dejas escapar un suspiro -que huye como un verso-  
por las aristas del invierno.  
(Ya se han calmado las hojas,  
líquidas de luna en su entereza.  
Y entre el oro y el matiz que arroja,  
lejos ese fleco de tristeza,  
queda el alma arrogante  
con crespón enjuto que señala  
a una tierra jadeante  
y a un cielo que presta alas.)

Octubremente otoñal, alargó mis dedos tras la ventana.

Y llueve despacio.  
Laten en la noche la lluvia y el olvido...  
Las calles recitan sus charcos de memoria.  
Los niños persiguen al arco iris, húmedamente risueños.  
Se alborotan los tejados por el crepitar azulado...  
(Caen otoñales esquelas y onduladas,  
silbando la humedad de los espacios.  
Se abre el suelo en breve tumba perfumada,  
y llueve despacio...)

Otoñalmente enardecido, cierro mis ojos cansados:  
ladran los perros, cuatro pensamientos más abajo;  
se clava un portazo en el último verso;  
la campana recuerda a los muertos, casi siempre olvidados;  
suspira el árbol con su aliento callado...  
(Y aguardo -temblor huido del aguacero-  
a que el dulce verde día  
florezca su roja pupila  
de cotiledón verdadero.  
Y no importará  
-¡dehiscente culmen de aliento!-  
que haya ululado la noche  
negras semillas por el viento.)  
Otoñalmente cansado, cierro mi ventana oscurecida.  
(Afuera -empujado con brisa de rosa inerte-,  
ya ríe el silencio;  
en mi alma -corteza de luz adentro-,  
alguien se ha escapado  
tras la estela de un sueño  
en llanto dibujado...)

FIN